

BODAS REALES

Es el décimo y último tomo de la tercera serie de Episodios Nacionales. Aunque ha llegado la ocasión de juzgar este nuevo gran esfuerzo del ingenio de Galdós, en conjunto, no es este hoy mi propósito, que se reduce á un breve examen de la última novela que corona con tanta gracia y maestría esta *tercera* y gloriosa salida del peregrino ingenio *galdosiano* por los campos yerros de nuestra pobre historia contemporánea.

Solo diré, que en general, esta serie tercera no desmerece de las otras dos. Si no iguala á la primera por el interés épico del asunto, no es culpa del autor; y si en muchos episodios de la segunda serie hay más variedad pintoresca, más interés dramático en la parte de pura invención, y rasgos cómicos superiores, en cambio, no pocos volúmenes de la serie última revelan observación más intencionada y profunda en el elemento histórico; los grandes progresos del maestro en psicología *novelable* y refinamientos latentes del estilo que no todos saben apreciar en lo mucho que valen.

Bodas reales es, en esta serie tercera, uno de los episodios que tienen más definida la unidad de acción y mejor enfocada, por decirlo así, dentro

del cuadro novelesco, la adecuada parte histórica. Predomina, sin embargo, con mucho, la novela. Lo histórico puede decirse que es un acompañamiento lleno de gracia y malicia, música burlona como la del acompañamiento de la serenata del Don Juan, según la describen los autores de estética.

Parece como que el autor se ha dicho: «es tan baladí la historia *pragmática* de estos días, cuyos anales como novelista escribo, que va á interesarnos mucho más que todas esas típicas noticias de matrimonios regios la nostalgia de mi doña Leandra, esposa de D. Bruno Carrasco.» Mucho se habla, sin embargo, de las *Bodas reales*; pero como asunto de la comidilla de dos simpáticas comadres, y en relación con los noviazgos de dos buenas mozas manchegas.

Galdós, que aun en esta época triste de discordias civiles, sabe entusiasmarse cuando encuentra grandes hechos ó fuertes caracteres, como se ha visto al hablar de Zumalacárregui, Mendizábal, Espartero y hasta Cabrera, ahora no puede orientar su patriotismo sinceramente en el sentido del tono heroico, á no ser acordándose del matiz cómico que ilustró la malicia de un Ariosto, sobre todos.

Predomina la sátira con sordina, bonachona, horaciana, en la parte de narración política, y no podía menos; y á veces habla Galdós con una franqueza que extrañarán algunos, v. gr., cuando se refiere al talento y á la elocuencia del famoso un día D. Joaquin María López. El P. López,

ya muy olvidado, fué tenido en su tiempo por muy elocuente, y hoy, leyendo sus discursos, no comprendemos tamaña admiración. El olvido era castigo suficiente á tanta flor de trapo; si castigo merece el ser orador, como tantos otros, admirable sólo bajo los cánones de una moda pasajera. Pero estos días, después que Galdós se ha atrevido á decir la verdad, respecto de López, varios gaceticeros zarandean al afluente progresista, que es de esperar que antes de pocas semanas vuelva al limbo en que yace su nombre, sin pena ni gloria.

Olózaga, voz de más cuidado, como dice Galdós, merecía que éste le estudiara más de cerca, para lo bueno y para lo malo.

El que haya leído ciertos papeles de la vida íntima de D. Salustiano, echará de menos en Galdós cosas muy interesantes que él hubiera pintado muy bien.

Narváez y González Brabo están muy bien observados y se los hace justicia con frase cruda y enérgica. Tuvieron los dos su originalidad, su fuerza; pero en definitiva, malas personas. Narváez fué un Cabrera desde el Ministerio. Esto no se perdona. Tuvo al país en un puño, es verdad; pero esto no prueba lo que vale el puño, sino lo que ha bajado el país, lo poco que vale en tales tiempos.

En cuanto á las intrigas diplomáticas y palaciegas que dieron cantares picantes al pleito de las bodas de Isabel II y de su hermana, Galdós las pinta con fuerza y verdad, y desde un punto de vista muy artístico y perfectamente enlazado con la novela.

Esta es, repito, la principal en este episodio. La novela de Fernando Calpena acabó en el episodio anterior, *Los Ayacuchos*; aquí sólo se le nombra una vez, creo, al final. La protagonista de *Bodas reales* es doña Leandra, la manchega, que nos recuerda aquellas bellezas, poco saboreadas por la crítica, del *Amigo Manro*, *Miau*, *La de Bringas* y otras obras del autor, mucho menos alabadas de lo que merecen.

Aun para los favoritos de la justa fama, suele tener ésta relativa injusticia. En la obra inmensa de un Balzac, no todas las novelas eclipsadas por las tres ó cuatro principales debieran estarlo. El Zola de las primeras novelas de los *Rougón*, es acaso, en cierto sentido, superior al que hoy admira el mundo entero.

En Galdós notamos lo mismo. *La desheredada*, por ejemplo, no tiene el crédito que merece. Y sin embargo, de ella data una nueva época del ingenio de Galdós, como él mismo reconoce.

En *Doña Andrea*, reaparece el novelista de aquel tiempo y de aquella manera, acaso el *mejor*. Galdós tiene multitud de registros. Yo prefiero éste. Nunca está anticuado, si se sabe manejar. Zola ahora, generalmente, lo olvida, pese á los manes de Balzac y de Flaubert.

En *Doña Andrea* todo es admirable; es la poesía de la prosa aparente; es la poesía de Eugenia Grandet, de las decepciones pedestres de Don Quijote.

¡Don Quijote! Cada día se parece más Galdós á Cervantes, por dentro. *Cervantino* es el extraño

sacrificio que en doña Andrea supone el aconsejar á su marido que se reselle; parece que está siendo una Teresa Panza, y está siendo sublime. Y da pena pensar que el arte puro, el buen gusto, exigen que en estas cosas el autor no insista, no ponga los puntos sobre las íes; de modo que muchos lectores, distraídos ó de piel dura, se quedan sin saborear las bellezas más ciertas y delicadas.

Algunos han aconsejado á Galdós que inmediatamente emprendiera una cuarta serie de *Episodios*. Yo no sé lo que convendrá á sus intereses, ni cuáles serán sus planes; de sus fuerzas estoy seguro. De que debe haber más historia contemporánea en episodios novelescos, yo no dudo. Pero no sé si convendrá que Galdós suspenda por ahora esta labor, para tener tiempo de escribir novela de la historia del día, el de hoy. Hace tiempo que ni él ni nadie pinta en el *arte grande* del libro nuestra actualidad social. Y el asunto llama, importa y ofrece interés sumo.